

16 PAGINAS, 15 CENTIMOS

La Caricatura

AÑO I

MADRID 18 DE DICIEMBRE DE 1892.

NÚM. 22.



MEDITEMOS

—Esto de las esposas sorprendidas por sus maridos va rayando en abuso. Si cambiaran las tornas y diera á las esposas por sorprender á sus cónyuges, sería cosa de cerrar las puertas de mi casa á todas mis relaciones.



La semana.

HAN oído ustedes hablar de las partidas?

Hay partidas, sí señor, con *puertas* y *ceros sencillos* y *ceros dobles*, y otros adornos de lujo.

Pero también hay partidas de hombres armados en diversas provincias de España.

Recaudan contribuciones, apalean á los vecinos y vagan por esos montes y por esos pueblos con verdadera fraternidad.

—Quitarnos esos divertimientos y el de las novillás es matarnos—que decía el alcalde de un pueblo al gobernador de la provincia.

Otra vez retreta y músicas libres y la *sardina* de *Garín*.

Y por si algo faltaba, mudanzas de misterio, y baile de máscaras de época.

Y, así, como quien nada dice, hemos llegado á la segunda decena de Diciembre sin sentir, y sin una peseta, y vamos en busca de las otras.

—¡Estamos en plena hidroterapia social y política y literaria!—como gritaba un joven beodo de buena cepa y de regular familia.

Por un lado las inseguridades políticas; por otro el pan que sube sin recato, por otro... la prensa taurina.

En provincias lo mismo que en Madrid hay cierta desazón respecto al porvenir.

Como á D. Antonio y á D. Práxedes les

pilla, no sin dinero, pero sí de edad avanzada, no hay seguridad.

Luego Cánovas no tenía á quien dejar encargado el establecimiento, y Sagasta, si bien tiene su Pepe, como á este no le tira, sino al contrario; vamos, que no le tira la política, es igual que si no existiera.

Noches pasadas estaba en la retreta.

Se fijaban en él muchas personas.

Porque tiene lo que se llama *Angel*; pero qué diablo, si no quiere ni ser Pablo ni llegar á Severiano.

Hay caracteres raros.

En un pueblo de Burgos han detenido

TRES COSAS

Hace la Academia de la Lengua.



Limpia,

á un vecino por hurto de veinticinco cencerros.

Es un abuso de la justicia; porque el hombre procuraba evitar el escándalo hurtando á «cencerros tapados».

¡Cencerrás en esta temporada en Burgos!...

¡Es extraño!

Si hubiera sido en verano.

Porque ahora no tiene á qué pasar por allí D. Antonio.

Digo, si no va á la emigración.

Preguntando al sujeto indicado para qué quería tantos cencerros, contestó:

—Este es mi secreto.

Después se ha descubierto el secreto del delincuente.

Un teléfono de notas para avisar los descarrilamientos, los partos y los dolores de muelas, con seis meses de anticipación.

Es un aparato ingeniosísimo para las familias más demi mondaines y alejadas entre sí, hablando en ful-modernismo.

El que también ha descubierto un aparato para hacer dinero es Matoses, con su libro *Danza de monos*, instrumentado por Angel Pons.

Y bueno, pero bueno, pero bueno.

¡Bandidos!

¡Hacer esas cosas y no acordarse de mí!

Me hubieran encargado siquiera el prólogo ó el epílogo, y... á partir entre tres.

Y no vender todos los ejemplares para ellos solos.

Veremos si lo enmiendan en la segunda edición.

Porque esto no puede seguir así.

Eduardo de Palacio.



Fija



y da esplendor.

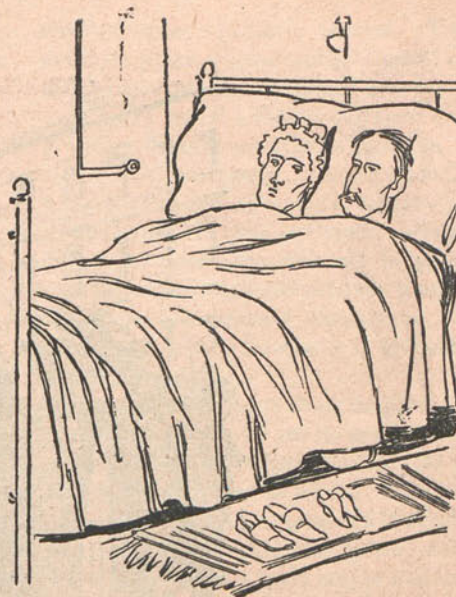
UNA VISITA IMPORTANTE



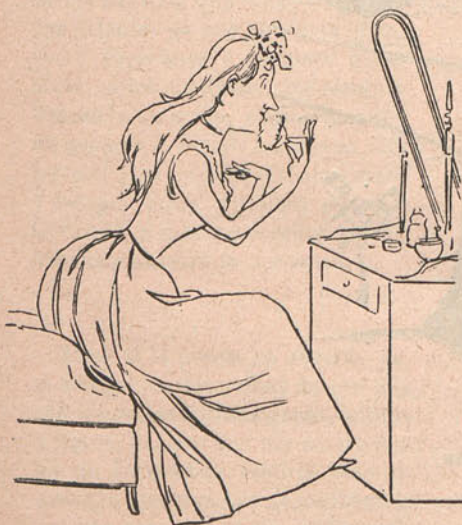
1.—La felicidad nos sonríe. Mañana irá mi padre á pedir tu mano. Te ama más cada día tu Arturito.



2.—¡Mamá, mamá, albricias! Mañana viene el papá de Arturito á pedir mi mano.



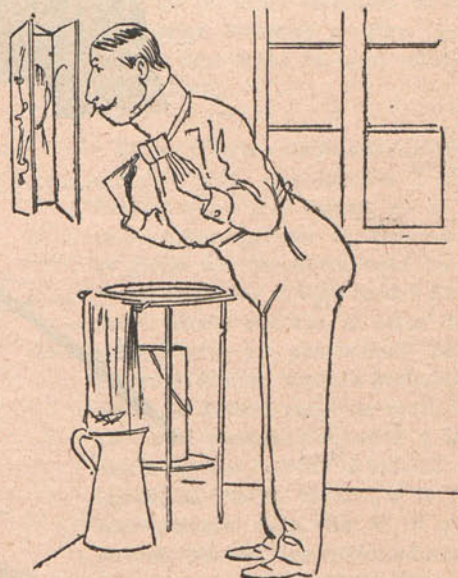
3.—P. epárate, Juan; mañana viene el papá de Arturito á pedir la mano de la chica.



4.—Quiero estar guapa, muy guapa.



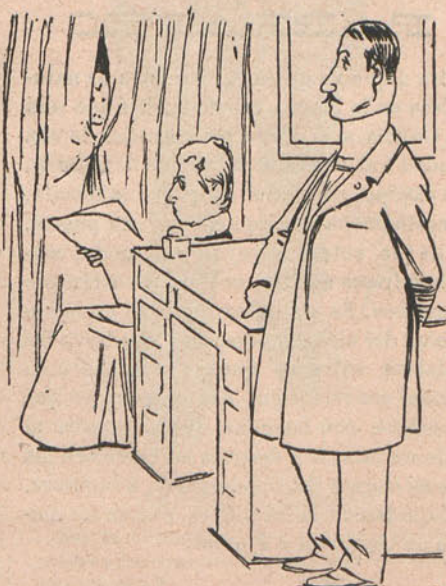
5.—Quisiera parecer una suegra muy tratable y bien conservada.



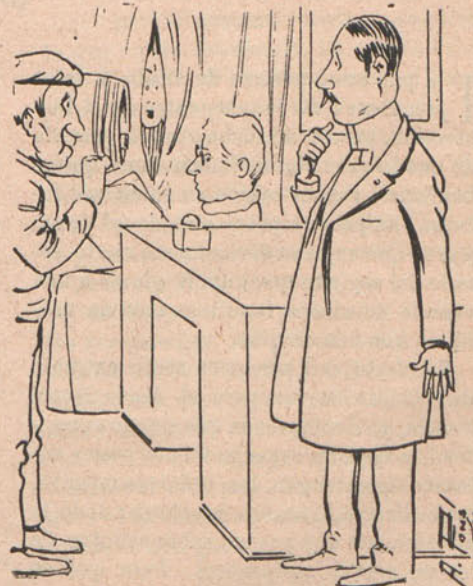
6.—Quiero parecer un suegro digno



7.—(Suenan la campanilla) ¡Pepe, Pepe, que pase á mi despacho!



8.—Cuánto tarda, ¿qué pasará? (La voz de Pepe, dentro.—Ha dicho que al despacho.)



9.—¿.....?
—El criado me ha dicho que pasara al despacho...



—«¿Quiere usted hacer favor de oirme dos palabras,
sólo dos palabras?

—¡Pero es preciso antes de acercarme que
retire ese paraguas!»

(Chueca y yo.)

PARRAFEO

La palabra que sirve de título á estos renglones no la encuentro en el Diccionario, pero con mucho gusto le serviría de madrina si alguna buena alma quiere bautizarla y darle cabida en ediciones futuras. Es palabra provincial, de mi tierra, y creo que expresa divinamente cierto estado del espíritu que guía la pluma á una especie de charla familiar—todavía más ligera que una crónica.

En efecto, mis parrafeos serán extracto de crónicas escritas para el *Nuevo Teatro Crítico*, y se comprende que siendo extractos han de tener mucho menor peso y volumen que tengan las crónicas mismas, las cuales ya procuran revolotear todo lo airoso que pueden sobre asuntos de letras, arte y costumbres. Para qué se comprenda mejor aún el sentido de la pa-

labra á que yo quisiera dar carta de naturaleza en la lengua española, diré que allá en Galicia, si al cruzar por las calles de una ciudad ó al atravesar, á la caída de la tarde, un caserío, se ve á un mozo y una mocita, recostada ella en el quicio de una puerta, él de pie, entre me voy ó me quedo, cruzando frases sueltas, se dice que están «de parrafeo». Es un diálogo colgado en cierto modo, del aire, que dispersa y se lleva las palabras antes de que se condensen en formal conversación. Así quisiera yo que sucediese con las mías: que halagasen al oído un minuto y después las barriesen los duos cierzos del Guadarrama, á la sierra, á liquidarse con las nieves, allá en los meses de Germinal ó Floreal.

Tengo tan fresca la gratísima impresión de la tragicomedia de Echegaray, *Mariana*, que no pierdo ocasión de ensalzarla. Sus peros no le impiden ser una de las joyas del moderno teatro español. Dicen que la escribió Echegaray en veinte días. Lo siento; desearía que en el último acto hubiese gastado mes y medio, dos meses, un trimestre, porque Echegaray, que consigue cuanto se propone, conseguiría—dándole mimbres y tiempo, y la paz octaviana del lindo retiro de Marín—construir de tan delicada manera ese cuarto acto, que con él y los otros tres tuviese digna rival, ¡quién sabe si victoriosa! la *Consuelo*, de Ayala.

Está anunciada la comedia de Galdós, *La loca de la casa*, y se espera con la ansiedad natural: á la segunda tentativa ha de verse mejor si el maestro de la novela española puede y sabe enriquecer la escena. Pueda ó no enriquecerla, es evidente que ya influye en ella. Ciertos rasgos y procedimientos de *Mariana*, delatan una evolución que sería más sorprendente si fuese anterior á *Realidad*.

He tratado de curiosear algo respecto al asunto y trascendencia de *La Loca de la casa*, y poco he sacado en limpio. Las contadas personas que conocen el manuscrito dicen que aquello es cosa muy grande, muy profunda, pero que no la entienden bien todavía; lo cual me intriga doblemente. Lo que sé es que en la nueva obra de Galdós, María Guerrero no lucirá caprichosas galas, sino que vestirá el humilde hábito de las *Hermanitas del Socorro*.

¿Que si no hay libros nuevos? ¿Y cuándo no los hay? Lo que falta—vaya la verdad por delante—es uno que meta bulla, como *Pequeñeces*, ó siquiera como otros varios, de firmas, que siempre llaman la atención, y que este año no asoman.—Pereda trabaja en una novela; pero sin duda trabaja á mazo y escoplo; tarda, y no hay por qué llevárselo á mal, pues redundará en beneficio nuestro la tardanza.

No sé si la poesía ha muerto ya, y aunque corren voces de que soy con los poetas intransigente, ceñuda y rígida, declaro que por su muerte (la de la poesía) vestirla luto riguroso. Los estantes de mi librería (no me atrevo á decir biblioteca), donde agrupo los autores predilectos, contienen tantos poetas como prosistas. No soy severa sino con los versos insolentemente malos. Por eso parece que soy severa á diario. Es que á diario no nacen Pindaros, ni Quintanas, ni Zorrillas, ni Campoamor... ¡Y qué feo que está el nombre de *Campoamor* así en plural! Hay que dejarlo en singular... Singular es el que lo lleva, é inimitable también.

Volviendo á los versos, repito que lejos de expulsar de mi república ideal á los poetas, yo les fabricaría—á los poetas que me gustan, se entiende—palacios de mármol (para verano) y para invierno nidos de plumón vivo, con sedas, terciopelos y mucha chimenea de leña de encina. (Las de cok las dejo para que se atufen los copleros chirles.) Tampoco soy tan dengosa que sólo escuche y aplauda á los dioses mayores de la poesía. A los dioses menores les rezo alguna vez. Lo que procuro es que

ignoren que les cuento entre los *dioscillos*; porque no me lo perdonarían. Optarían por demonios: todo menos el diminutivo.

Y sin embargo, no pueden ustedes figurarse lo conveniente que sería inventar un instrumento que no existe aún, pero que llegará—¿quién lo duda?—á inventarse y á ser de uso general: el *poetámetro*. Con ayuda de tan útil trebejo, la *misión* del crítico quedaría simplificada, y prevenido todo error ó mala interpretación; cesarían los lamentos de los genios desconocidos, y muchas cabezas sabiamente organizadas para fines distintos de los que persiguen los ascensionistas del Parnaso,



PERICO EL GRANDE

Ella me ha negado su mano, pero yo la he llamado voluble y concupiscente. ¡Oh! en cuanto á energía, soy muy energético.

recobrarían su equilibrio natural. «Tiene usted de poeta cuatro centímetros; ni uno más ni uno menos—diríamos á los vates;—de modo, que si á Fulano que tiene cinco y medio le echo un granito más de incienso en el incensario... conformidad, y á vivir. ¿Por qué se enfada usted?—preguntaríamos á otro.—¿Porque alabo á Mengano? Recuerde usted que le aplicamos el *poetámetro*, y dió ochenta y nueve. Usted da escasamente veinticinco. Los números son los números, y la aritmética no puede engañar.»

Sin el utensilio ¡que Dios inspire á algún Edison! y que tal vez no soy yo la primera á soñar, nos vemos perdidos los que tenemos que hablar de poetas. Así es que en nuestra angustia llegamos á la siguiente horrible perversión del gusto; somos *necrófilos*. ¡Es decir (para mayor claridad), que sólo nos gustan los poetas muertos, los cisnes con el tiro en el ala, que cantaron ya todo cuanto habían de cantar; y dormidos entre los pacíficos arreboles de su gloria, nos dejan formular nuestra opinión... vano ruido de mar, zumbido de viento.

El Sr. Harris, historiador acérrimo de Colón, que hilvana desde París tomos y más tomos, me acusa de haber quitado al Almirante la gloria del descubrimiento «por conciliarme las simpatías del Ateneo». No me extraña el error del señor Harris. Yo, puesta donde está el señor Harris, tendría probablemente el mismo rasgo de malicia. La lógica engaña y extravía á los que la aplican, porque la vida no es lógica, ni mucho menos, ó lo es secretamente, más allá de lo que pueden olfatear los historiadores. Pensó para su gabán el Sr. Harris: «El Ateneo de Madrid está en España. Luego se compone de españoles. ¡Estos españoles tienen amor propio nacional. Luego aplaudirán lo que pueda lisonjearlo. La señora Pardo Bazán querrá ser aplaudida. Luego lisonjeará ese amor propio. Etc., etc.»

¡Ah, Sr. Harris! El corazón encierra profundos arcanos. Yo no ignoraba ¡qué había de ignorar! que en toda España era muy impopular quitarle á Colón—ni aun con razones y pruebas—una sola lentejuela de la vestidura aparatosa en que le envolvió la poesía convencional y falsa de los encomiastas. Así y todo, hablé de Raimundo Lulio, español, sabio, santo, y hablé como supe y pude, que ojalá fuese más y mejor. El Ateneo está en España; verdad. Yo no tengo por qué quejarme del Ateneo: al contrario. No obstante, le aseguro al Sr. Harris que la lógica, en ciertos casos, es mal guía.

Emilia Pardo Bazán.

Cortes reconstituyentes

Y además de reconstituyentes, tónicas, bicarbonatadas, sódicas y sobre todo bromuradas, porque no ha de faltar en ellas el bromo, es decir, la broma macho.

Ni sé cómo ha podido resistir la patria, huérfana de padre durante el interregno parlamentario

Cualquier entorpecimiento administrativo, cualquiera mácula política, cualquier percance constitucional, despertaba la misma frase en los labios de todos:

—¡Ah! si estuvieran abiertas las Cortes...

Pero ellas sin abrirse, ¡oh frialdad ingrata! Sin abrirse de legislaturas.

Los leones del Congreso agarrando con sus zarpas las bolas de bronce parecían dos pelotaris vergonzantes; el tímpano de la fachada lloraba el olvido en que unos y otros le tenían por obra y gracia del tímpano de Querol, que se ha llevado los aplausos esta temporada; la puerta de la tribuna pública, la de las colas interminables, aparecía cerrada y completamente rabona; los heraldos y reyes de armas que vimos el mes pasado en cabalgatas y procesiones, nos recordaban á los maceros del Congreso, que dormían á la sazón el sueño de los justos para velar, de hoy más, el pacífico sueño de los senadores.

Hemos tenido congresos de todas clases y hechuras, pero ninguno nos hizo olvidar al verdadero Congreso, al Congreso por antonomasia, al Congreso de los Diputados, que todos echábamos de menos en aquel período de furia congrio colombina.

—Pero, ¿y ese Congreso de la Carrera—decía alguno—cómo no alterna con el espiritista y el librepensador?

—Porque no quiere confundirlos y aturdirlos con su piporro, como Manolito Gazquez á la capilla del Vaticano.

—¡Menudas sesiones dedicará á Colón!

—¡Ya lo creo! Piensan traerle de cunero en la vacante que ha dejado un señor por haber aceptado una plaza en el palacio de las Exposiciones, donde se pasa ocho horas diarias con su alma en su almarío ó en su vitrina.

Por fin, vemos las Cortes abiertas de arriba abajo. Las veremos colgadas en cuanto tengamos fiesta nacional.

Ahora se verá lo que empujan las oposiciones y lo que resiste el Gobierno.

—La mayoría está dividida—dicen con júbilo los de enfrente.

Y exclama el Júpiter del banco azul:

—Pues el Gobierno no teme á una divi-

sión de la mayoría, ¿qué digo á una división? ni tampoco á un cuerpo de ejército.

Todo se volverán ¡oh dicha! preguntas, interpelaciones, debates, cuestiones previas, incidentes personales, alusiones, cargos y demás escenas matritenses.

—¿Qué piensa hacer Sagasta?

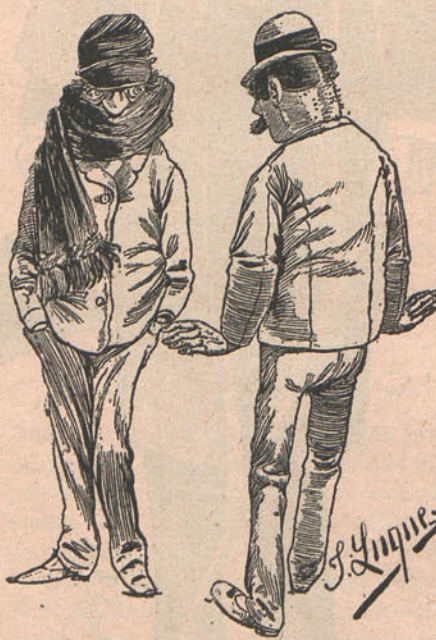
—¡Friolera! cogerá á un ministro y lo pondrá á pelar, cogerá á un ex-ministro y lo pondrá á inter-pelar.

Para muchos ha llegado el Waterloo ó el *Water-closse* de Cánovas.

Otros dicen que no es el Waterloo, sino la retirada de Rusia.

Ello es que los *rusos* se proponen á la larga hacer que Cánovas deje las riendas del trineo.

Si bien por lo pronto, como dijo oportunamente Mariano de Cavia, sufrieron los latigazos del jefe aplicados, no con el rebenque del cómitre ni con la penca del verdugo, sino con el *Ruont* eslavo para que el castigo fuera tan ruso como la pena.



—Dios mío, ¿qué quiere usted?

—El cronómetro, chavó.

—¡Yo no gasto más cronómetro que el de la Puerta del Sol!

Y si es verdad que logró arrancar á los disidentes tamañas tiras de pellejo, claro es que D. Antonio, robustecido y fortificado, podrá ofrecer á sus leales, sobre las carteras de ahora, otras magníficas y flamantes de piel de Rusia.

La moralidad administrativa se discutirá á la vez en el Congreso y en el Senado.

Será una discusión doble, como las vistas de estereoscopio, con objeto de que no pierda detalle el espectador asomado á los vidrios.

Que se defiendan los alcaldes morales y políticos.

Que sepamos de una vez si el Municipio debe ser llevado á los tribunales ó simplemente al lavadero higiénico.

Que veamos, por fin, la última figura de esos rigodones que han empezado á bailar cuatro parejas tan simpáticas como las de Cánovas y Linares, Romero y Bosch, Villaverde y Silvela, Sagasta y Moret.

El frustrado viaje de los *reyes Magos*, los indultos de Zaragoza, el cierre de tiendas en Madrid, las oscilaciones del termómetro, todo pasará por el tamiz parlamentario.

Un fieltro así colocado en los depósitos del Lozoya nos aseguraba la limpieza del agua para todo el año.

—Vamos á ver—gritará un diputado interpelante—¿para qué iban á Granada los reyes Magos?

—A cumplir su compromiso anual, á comprar juguetes para los chicos de la mayoría.

—Y en ese caso, ¿por qué se disponían á montar en el tren en vez de cabalgar en sus camellos como está mandado?

—Porque esos pacientes animales se negaron á soportar tanta joroba.

—¿Y el indulto famoso? ¿Qué me dice á esto el señor ministro?

—El gobierno reconoce que no contaba con la huésped y quiso poner la horca antes que el lugar.

—Tomo nota de esta confesión y sigo preguntando: ¿por qué cerró el comercio sus puertas?

—Porque aquel día entró en el Gobierno el Sr. Danvila y era de rigor el descanso *danvilical*.

—Basta de farsas; el Gobierno está muerto moralmente por las cuestiones de la moralidad, y sin embargo...

—*E pur NON si muore*, y recuerdos á Galileo.

Luis Royo Villanova.

COSAS DE AHORA

PARTE PRIMERA

(Monólogo ante el espejo.)

—¿A que el dichoso cuello
me da la lata?
Ni el cuello me resulta
ni la corbata.

.....
¡Ya la hice buena!
¡Y Rosa que me aguarda
para la cena!
Ya se lo dije... ¡Nada
de tonterías,
Suerte que ella se pirra
por las judías.
Es floja cosa
la cena preparada
pa menda y Rosa.
Dos raciones de alubias;
dos de estofado;
queso, pan y mollate
y... al otro lado.
Porque en la tienda
sirven muy bien sabiendo
que es para menda.
Total catorce reales.
¡Una chiripa!
¡y nos vamos al baile
llena la tripa!
Con esta cosa
esta noche de fijo
conquistó á Rosa.



Tú ahora mismo me orsequías
por ser las pascuas,
porque si no te diño
dos manguzadas,

PARTE SEGUNDA

La orquesta lanza al viento
lascivas melodías,
se mueven las figuras
como á través de un tul;
y mézclanse los gritos
con dulces carcajadas
y aquello es un infierno
de flores y de luz.

Las máscaras se agitan
con locos movimientos,
se mezclan los disfraces
en rara confusión,
y reyes y gitanos,
y monjas y guerreros,
ya todos se confunden
bailando al mismo son.

«¡La vida! ¡así es la vida!
sonrisas y canciones
¡mentira sempiterna!
¡eterno carnaval!
el que vencer consiga
como mejor trofeo
á la canalla imbécil
enseñe su disfraz».

¡La vida es una farsa!
¡El vino no me engaña!
¡El tiene las delicias
eternas del amor!

Así vociferaba,
borracho Severiano,
filósofo inconsciente
con gotas de curdón.



—Estáte quieto, por Dios,
porque puede vernos él.
—¡Cielos, juntitos los dos,
voy dudando de la infiel!

Bailó enseguida un *schotis*,
y luego una habanera,
después tomó unas copas
para bailar el *walss*.
Después tomó otras tintas
para seguir bailando,
después tomó otras copas
y no pudo bailar.

Y... claro ¡pata! vino
corriendo el bastonero,
y luego la pareja
y luego el inspector.

—¡Borracho! ¡Que lo prendan!
gritaban las mujeres...

Y al pobre Severiano
le echaron del salón.

PARTE TERCERA

(A las sieta de la mañana.)

—Guardias, palabra de honor,
que yo ignoro lo ocurrido,
ó me hizo daño la cena
ó es que bebí mucho vino.

—Es que ha habidu vidrius roto
y usted pagará los vidrius.

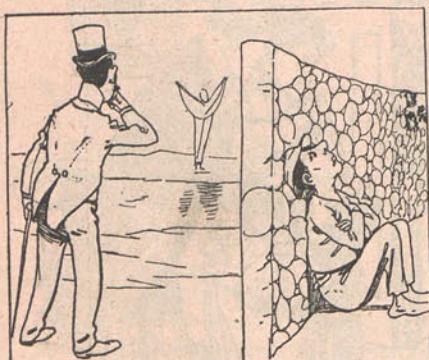
—¿Y Rosa? ¿qué fué de Rosa?

—¡Se fué con un individuo!
¡Pague la multa y en paz!

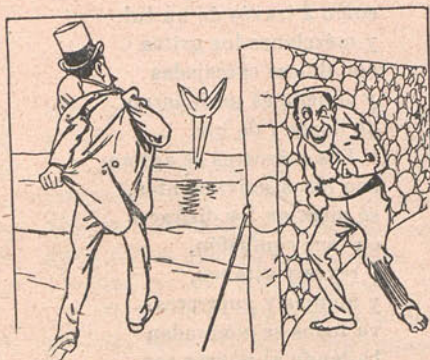
—Pues señor, me he divertido.
¡Quince pesetas de multa!
¡un escándalo y un lío!
y lo más gracioso es...
que me han roto los hocicos.

Manuel Paso.

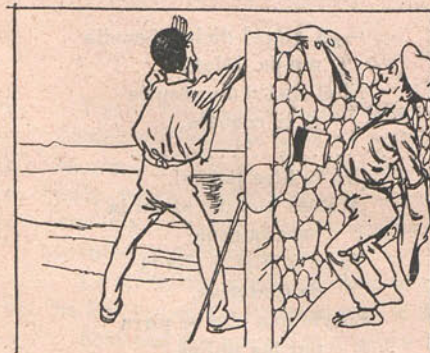
HAZ BIEN, PERO MIRA Á QUIÉN



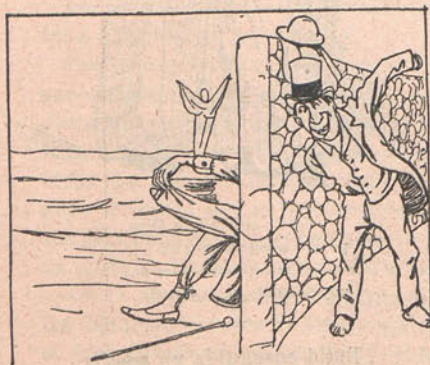
1.—Parece una mujer que pide auxilio.



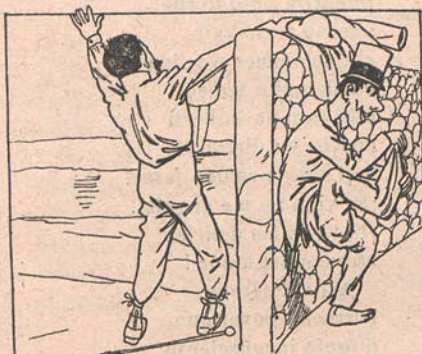
2.—Me arriesgo; yo soy así.



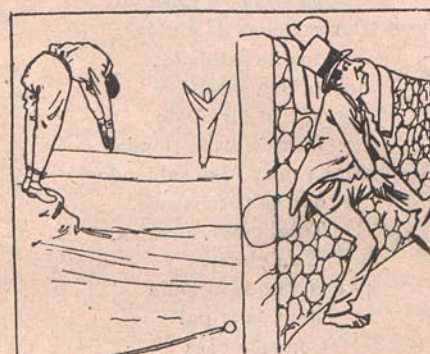
3.—¡Ya voy, que voy digo!



4.—Estos rasgos los agradece siempre la humanidad.



5.—Un momento, y voy.



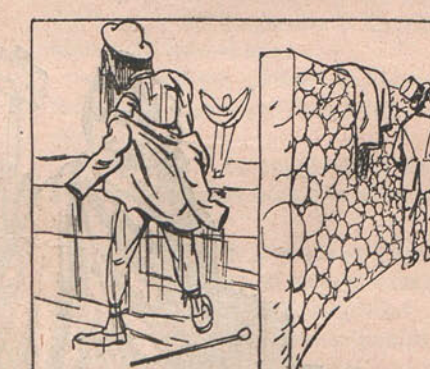
6.—¿Qué le ocurrirá á esa pobre señora?



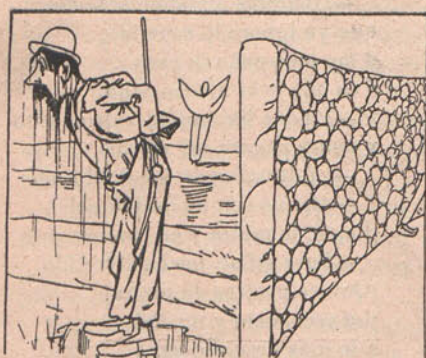
7.—¡Maldita sea!



8.—¡Mire usted que haberme yo mojado para esto!



9.—¿Y si cojo un reuma?



10.—¿Y si me muero?



11.—Esto indigna; voy á meterme en la cama.



12.—La familia.—¿Qué ropa es esa, Avelino?

Los hombres del día.



JOSÉ ECHEGARAY

Los hombres del día.

DON JOSÉ ECHEGARAY

(MONÓLOGO DE UN GENIO DESDEÑADO)

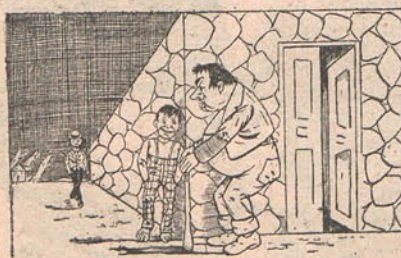
ECHEGARAY, Echegaray, tu nombre es popular, y eso me irrita, me solivianta, me enardece contra la sociedad en que vivo, porque de ella no puedo obtener los aplausos que merezco, dicho sea sin modestia.

¿Quién es Echegaray para obtener tantos acatamientos? ¿En qué sitio se da lustre? ¿Dónde se pavonea con los grandes como yo y algunos otros? ¡Ah! en ninguna parte. Echegaray va al Ateneo á leer, va á la librería de Ruiz á enterarse de las publicaciones recientes y á conversar con Menéndez Pelayo, que es otro que tal; va por las noches á la Comedia y al Español, y en todas partes se presenta humilde, atento, discretísimo... Así no se concibe, no puede concebirse al genio. Echegaray habla con todos, escucha á todos, discute con todos. Eso no es posible. Un hombre ilustre que se prodiga, no puede ser ilustre. Un genio amable y simpático, no puede ser genio. Y si no, aquí me tienen ustedes á mí que apenas si he escrito cuatro gacetillas y alguna que otra crónica, de salones por supuesto, y ya miro á todo el mundo por encima del hombro, como diciendo. «Respétenme ustedes. Yo soy el ilustre gacetillero Fuláñez; un genio desdeñado, un hombre que esculpe la frase, porque yo la esculpo, ¡vaya si la esculpo!...» Pero volvamos á Echegaray. ¿Quién es Echegaray? Ya sé, ya sé que ustedes van á decirme que es un gran autor dramático. ¡Autor dramático él, que apenas si ha escrito cuarenta y nueve ó cincuenta dramas, muchos de los cuales son de primer orden! Para autor yo. Tengo entre manos hacé tres ó cuatro lustros una comedia en un acto, que es un primor. ¿Qué por cuál razón no la presento? Porque la estoy vigorizando. Yo no quiero parecerme á Echegaray, que páre dramas y comedias sin cesar, que concibe situaciones sin cuento, que pinta innumerables caracteres humanos. Yo á mi acto, á mi acto, y dentro de media docena de años ya verán ustedes, ya verán ustedes lo que es bueno. Echegaray no se contiene. El drama romántico, la comedia de costumbres, la tragedia: ¡todo lo abarca! Hace llorar y reír. Empuja á la meditación, promueve á la risa, despierta en las almas de los oyentes alegría y pesares. Yo me limito á mi comedia en un acto. ¡Oh! mi comedia ya la verán ustedes en cuanto la acabe. No hay prisa. ¡Pues si sólo hace unos diez y siete años que la tengo entre manos! ¡Los verdaderos genios somos poco fecundos! Por eso desdeño á Calderón y me río de Shaks.

peare, y me encojo de hombros ante Echegaray.

¡Otra vez ese nombre! Conozco que van ustedes á decirme que es un sabio, que estudia, que ha escrito las *Modernas teorías*

NO HAY MAL...

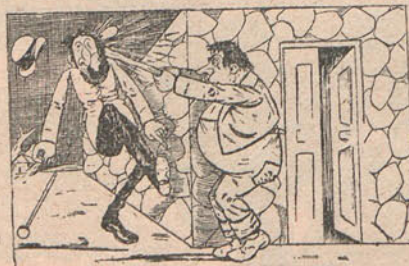


—Hoy voy á saber quién es el guapo que me roba las gallinas...

—Pues ahí viene.



—¡A la una... á las dos!...



—¡A las tres!...



—Muchas gracias, amigo; me ha sacado usted esa mulecita que me estaba matando.

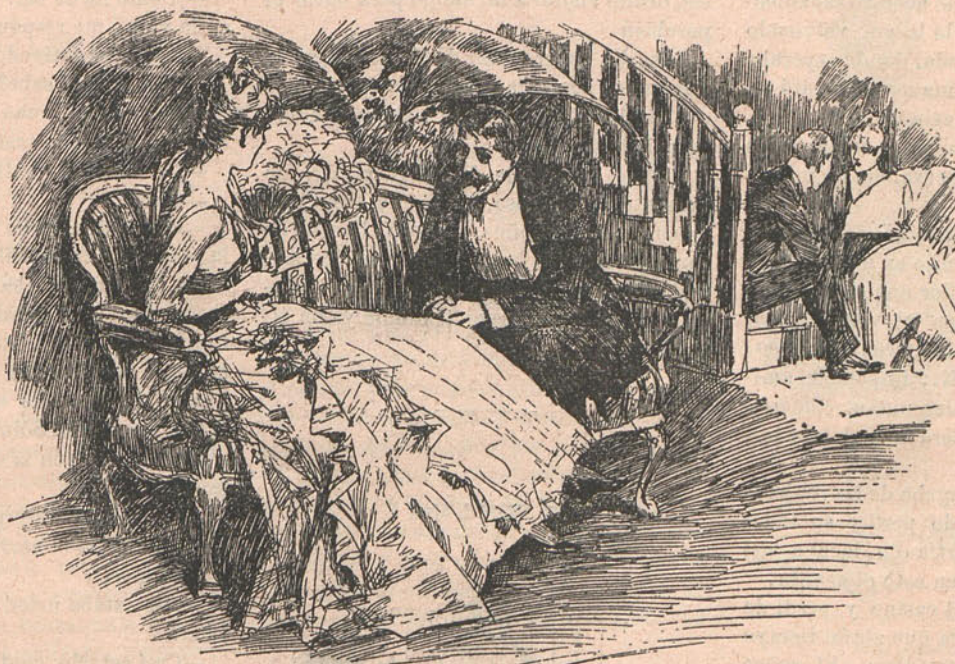
de la física, que está siempre al tanto de los progresos humanos. Palabrería, pura palabrería. Aquí me tienen ustedes á mí que nunca supe jota de ninguna ciencia, y me parece que tengo de sobra probada mi genialidad. La ciencia es siempre empalagosa, inútil. La ciencia es un estorbo, un grande estorbo, ¡guerra á la ciencia! Y además, como va á saber de arte un hombre que entiende mucho de matemáticas y de física: imposible. Dicen por ahí que el manantial más pródigo para el arte es el de la naturaleza estudiada científicamente. ¡Qué tontería! Yo ignoro todas esas cosas, y escribo con una soltura envidiable mis crónicas y mis gacetillas. Luego la ciencia es inútil.

¿Qué van ustedes á decirme? ¿Que Echegaray es un orador elocuentísimo? ¡Valiente mérito! Orador lo es cualquiera. Yo no acierto á decir cuatro palabras seguidas, y hasta para hablar con la patrona, tropiezo; empero reconozco que la oratoria no tiene ni representa mérito alguno. Ya ustedes saben que también son oradores Castelar, Salmerón, Martos y algunos otros, y yo me meto todos los días con ellos en mi periódico y los desprecio mucho. ¡Oradores á mí! Pues si precisamente es mi flaco el combatir á la oratoria. Ya verán ustedes qué folletico preparo en contra de los oradores pidiendo menos palabras y más administración. ¡Soy yo mucho hombre!

Ahora recuerdo que ustedes pueden, siguiendo los encomios á Echegaray, decirme que fué ministro, y que podría figurar entre los primeros políticos si estuviese de humor... Tampoco eso vale nada. Ministro, ministro. ¿Qué representa eso? Nada. Yo ando estos días detrás de una credencial de dos mil pesetas con descuento, pero también me río mucho de los ministros; y en cuanto á los políticos, abomino de ellos. Aquí no hace falta política sino administración, como pruebo yo en mi folleto supradicho.

Resumiendo ó reasumiendo, como decimos en el periódico donde escribo, que Echegaray es un cualquiera, que yo valgo más que él, y que mi persona no rinde tributos de homenaje (esto también es de mi apreciable periódico) á nadie que no tenga mi talla.

Así es que al presentarme la caricatura de Echegaray que la *IDEM* publica, me he sonreído con aire superior, con aire de superioridad. Porque yo sí que soy un genio. Solamente que ni en la mesa del café me comprenden.



—Desde ahora seré, Conchita,
esclavo de su pasión.
¡Qué recuerdo, señorita,
me ha dejado el rigodón!

Cuentos franceses

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

HACE algunos años que conocí á M. de N. Lo veía en el casino diariamente á la misma hora; llegamos á trabar amistad, y con mucha frecuencia almorzábamos ó comíamos juntos, allí, en una mesita del restaurant. Cuando nos servían el café tomaba nuestra conversación giro familiar, y M. de N., hombre de edad madura y solterón empedernido, solía desenvolver con gran acopio de razones sus teorías en pro del celibato.

No comprendía que un hombre renunciara á su libertad en favor de una mujer, pues aseguraba que esta había nacido para ser esclava del hombre.

En cuanto á los niños, era cosa de oírle con qué sublime horror hablaba de ellos,

calificándolos de llorones, sucios, exigentes, impertinentes, turbadores del sueño, insoportables en las comidas, rémora y obstáculo de los menores deseos de su padre, quien obligado por sus caprichos, había de salir á la calle sin gana, y quedarse en casa cuando ansiaba respirar aire puro.

Observé en las costumbres de M. de N. un hecho misterioso. Entraba en el casino todos los días á las tres en punto, é invariablemente se ponía á jugar al whist ó al ecarté; pero daban las cinco en el reloj, se levantaba dejando la partida donde estuviese y salía á la calle. A las seis volvía para comer, y después que terminaba de hacer por la vida, se iba al teatro unas

veces y otras se quedaba jugando hasta media noche.

Su eterna interrupción de la partida á las cinco disgustaba mucho á los jugadores, sobre todo si no había compañero que sustituyese á M. de N.

Cierto día, que sucedió de este modo, dispusieron los compañeros seguir los pasos á M. de N., para conocer el motivo de la cotidiana y desagradable interrupción, quizá en el punto más interesante de la partida.

Le fueron observando á prudente distancia, y vieron que al llegar á la calle de... número... se detuvo. Un criado le entregó respetuosamente el extremo de un cordón de seda, que sujetaba por el collar á

un perrillo de aguas. M. de N. asió el cordón con su enguantada mano, encaminándose muy serio al paseo público más inmediato, el cual recorrió acompasadamente varias veces á todo lo largo, volviendo por fin á la casa indicada, donde esperaba el criado, en cuyas manos depositó el perro, y se dirigió al casino.

Al otro día y subsiguientes espieron la salida de M. de N., observando la misma operación.

—¿No podría usted encomendar el paseo del *chucho* al criado?—dijo en una ocasión á M. de N. cierto jugador que estaba mal humorado (sin duda perdía), viendo al solterón levantarse cuando dieron las cinco.

—¡No, dijo M. de N.; imposible, amigo! los criados se descuidan, cometen imprudencias, y pudiera ocurrirle cualquier desdicha.

Un hombre que renegaba de las mujeres y de los hijos, temiendo perder su independencia, se convertía en lacayo del perro. Pero no acaba en esto el asunto.

Dejé de frecuentar el casino y perdí de vista á M. de N., hasta que algún tiempo después, leo en un periódico: «El señor M. de N. se ha casado con la señora de X, viuda de Z». Cáspita, pensé. ¿cómo un hombre de semejantes ideas, tan convencido de sus teorías, contrae matrimonio?

Es posible que haya querido legitimar

antiguas relaciones, regularizando así una situación extralegal. Y guiado por la curiosidad más que por cumplir fórmulas sociales, decidí visitar á mi amigo para darle el parabién.

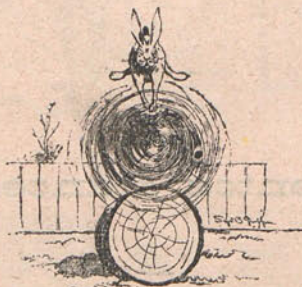
Deseaba saber si M. de N. me engañó, fingiendo sustentar aquellos principios contra el matrimonio, ó si realmente había cambiado de ideales.

Llegué á casa de M. de N. y éste me presentó á su esposa, mujer de treinta y cinco á cuarenta años, morena, llenita de carnes, elegante, bella y graciosa. Terminada la visita, me acompañó M. de N. hasta la escalera, y despidiéndome ya de él, exclamé:

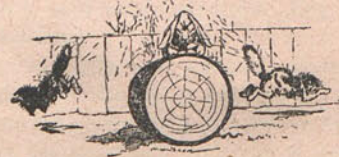
IR POR LANA



1



3



4

—Doy á usted la enhorabuena; la señora es muy guapa, comprendo que haya usted variado de ideas.

—¡Cómo ha de ser! Hay circunstancias en la vida—me respondió.

—Sí, sí, ya entiendo.

—¡Oh! ¿Usted sabe?...

—Lo supuse... mas aun de esa manera resultaba extraño tratándose de usted...

—Pero al fin lo hallaría usted natural.

—Cierto.

—Claro, desde que mi perro conoció en la escalera á la perrilla de mi vecina, ni bebía, ni comía, iba enflaqueciendo de modo que temí perderle. En vista del inminente peligro, solicité de la vecina que me vendiese la perrita á cualquier precio, le dije que su boca era medida. ¡Todo fué inútil! Sólo quedaba un recurso: el de casarme con la dueña del animal, y me casé.

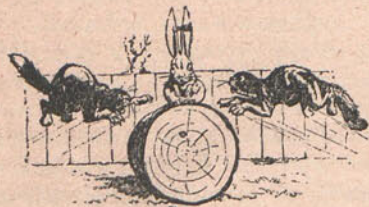
Al ver el asombro pintado en mi semblante, añadió el narrador, sorprendido de mi sorpresa.

—¿No estaba usted perfectamente enterado?

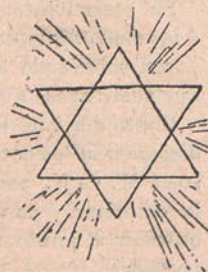
—Creí estarlo, contesté. Supuse que se había usted casado con su querida.

—¡Yo! ¡Vaya hombre! ¿Por quién me toma usted? ¡Antes morir!...

N. Desarbres.



2



CROQUIS EVOLUCIONISTAS

El poder de la hermosura.

LEYENDA GRECO-ORIENTAL

(Continuación.)

COMPUESTO el personaje, faltaba la decoración del sitio en que había de moverse. Esta se arregló enseguida. Sobre un magnífico lecho de maderas finas, marfil y cristal, extendieron telas bordadas de Cachemira; encendieron después gran número de lámparas con que hacer resaltar los pormenores más insignificantes de la ninfa y de su camarín; y para que nada faltara, quemaron buena porción de incienso, mirra y otros aromas, poniendo el ambiente de la reducida estancia á punto de marear la cabeza más firme.

Sentóse en el lecho Vasantasena, quizá para descansar de tanto manoseo, quizá para meditar de nuevo el atrevido proyecto. Por su semblante cruzaban y volvían á cruzar sombras de desaliento, relámpagos de esperanza, rencores de agravios no vengados, alegrías de victoria. Pero bien pronto, saliendo de tales imaginaciones, comprendió que, dado el último toque á los medios mudos de persuasión, era llegada la hora de hacer entrar en batalla á todos los demás que en su rico arsenal guardaba, y por lo tanto, despidió, sin más dilación, á las esclavas, dando á una de ellas la orden de llamar enseguida al sabio griego.

Era cerca de media noche y éste velaba aún ocupado en perfilar su famosa *Eu*

telequia. Tan absorto se hallaba con el estudio del sér que encierra en sí su fin y su perfección, que no advirtió la llegada de la esclava ni oyó el mensaje que le traía. Fueron menester nuevas y más altas voces para que prestara atención, como saliendo de un profundo sueño, á lo que se le decía. No dejó de causarle extrañeza el recado, pero supuso que ya habría surtido efecto su arenga, y que necesidad de consejos, de consuelos, por parte de la pobre india, anegada probablemente en lágrimas, sería la causa de tan extemporáneo aviso. No satisfecho del todo con esta explicación, pues para tantas cosas puede á aquellas horas llamar una mujer á un hombre, se arregló lo mejor que pudo (un



—El cambio de situación, vamos, que me compromete me entregan la dirección local... de Villazoquete.



—Está el padre?
—No, señora.
—¿Y no está el hijo?
—Tampoco.
Está el Espíritu Santo,
Porque me llaman *Palomo*.

poco de coquetería no sienta mal en los viejos), y renunciando con disgusto á su querida región de lo abstracto, se dejó guiar á la de lo concreto.

—¡Gloria al primer sabio de la tierra!
—dijo la muchacha corriendo á su encuentro, así que le vió aparecer por la puerta.—Entra, querido maestro. Este lecho te proporcionará asiento cómodo, en tanto que yo, á tus pies, te doy gracias por el

bien que acabas de hacerme. No cambio la dicha de verme esta noche á tu lado con la que ofrecen los mayores tesoros de la tierra.

Atónito quedóse el bueno de Aristóteles viendo y oyendo lo que en su derredor pasaba: cuando esperaba señales de duelo, no veía más que ostentaciones de júbilo; cuando creía hallarse entre lamentaciones y lloros, no oía más que lisonjeras palabras. Tomó asiento como se le había dicho. Vasantasena se acurrucó á sus pies sobre una rica alfombra, adorno en otro tiempo de la tienda de Darío, y prosiguió:

—Sí, filósofo insigne; no te puedes figurar la merced que me has hecho.—Yo también hubiera aconsejado del mismo modo á tu discípulo, si no me hubiera detenido el temor de enojarle; porque has de saber que ni le amo ni le he amado nunca. Su presencia me importuna, como me molesta cualquiera de esas lámparas puesta ante mis ojos.

—¿Con que no le amas ni le has amado? ¿Cómo se explica entonces?...—Cada vez el sabio entendía menos lo que pasaba, y cada vez su curiosidad aumentaba en mayores proporciones.

—No te ocultaré que al principio me sedujo la idea de verme querida de un rey; pero aquello pasó pronto. ¡Son tan bajas las alturas humanas cuando se está en ellas! Y luego el carácter ligero de Alejandro, sus vehemencias pasajeras, su misma incansable actividad, no son las cosas más á propósito para inspirar el amor que nace del sosiego, que se alimenta de la dulzu-



—Tú eres de Jaén, ¿no?
te lo he conocido.
¡Si tendrás yo vista!
¡Si seré yo listo!

ra, que se mantiene con la armonía de todas nuestras potencias. ¿Verdad que no es el amor humano la fuerza que lanza de los juncos á la fiera y la hace correr bramando por el objeto de sus ansias?—Al decir esto clavó la india sus ojos de fuego en los mortecinos del filósofo, que no pudiendo resistirlos, volvió la cabeza.—Mientras yo le daba—continuó—mi alma, mi vida, todo mi sér, él no deseaba sino lo que halagaban sus sentidos, y ¿no es un dolor verse desdeñada en lo que más se estima y solicitada en lo que más se desprecia?—Y volvió á clavar su mirada más intensa, si cabe, que la primera, y tan sostenida, que el pobre viejo sintió correrle por la espalda un desconocido escalofrío.

Encantado estaba de aquella labia, y á cien leguas por lo menos de su hasta entonces adorada Eutelequia. Intentó hablar, y la voz se ahogó en su garganta. Bien es verdad que aun sin esto no hubiera podido tampoco; pues como lo notara la joven, le cerró con sus dedos suavemente la boca, elevándole por tal modo la temperatura de su sangre.

—Me da miedo pensar, prosiguió ella—qué será de mí cuando toméis la vuelta de vuestra patria. Ya no me recibirá la casta en que nací; los de las más bajas se considerarán inficionados con mi presencia;

y rechazada y escarnecida de todos me creeré dichosa si consienten los parias en comer conmigo. No, no quiero quedarme sola. ¡Por piedad! llévame contigo; quiero ser la última de tus esclavas antes que... y dejando cortada la frase, se le arrasaron de lágrimas los ojos.

Aristóteles, bueno en demasía, no pudo resistir un movimiento de compasión, y asiéndola de los brazos, la alzó de la humilde posición en que estaba y la sentó á su lado. Al mitigar aquellos dolores reales ó aparentes, no advirtió que lo hacía á expensas de su propia salud, porque la herida que la taimada joven le había ya abierto se iba á ensanchar y ahondar con la mayor vecindad de la causa. El roce de la crugiente seda, los reflejos de la pedería, el tibio aliento que le acariciaba las mejillas con voluptuosos cosquilleos, los ojos, aquellos ojos que despedían chispas á poca distancia de los suyos, y en fin, la soberbia cabellera, cobijando á los dos como esplendente dosel, pero envolviéndole en realidad, cual red fortísima de acerradas mallas, eran grande parte para hacerle dar en tierra con toda su sabiduría, prudencia, fortaleza y templanza. Hallábase éste, no á dos dedos del abismo, sino á menos de medio, ó según suele decirse, como pájaro en sogá, si cae si no cae. Para que cayera, redobló la encantadora

todos sus medios de seducción. Lisonjeó su amor patrio, poniendo en su punto las glorias de los griegos, y manifestando deseos de vivir y morir en Grecia; enalteció su maravilloso saber, doliéndose de no conocerlo á fondo; le hirió la cuerda del egoísmo, siempre tensa en los viejos, pintando las molestias de una vejez solitaria, y ofreciéndose á endulzarlas con la tierna sumisión de una hija, ya que no con las inefables complacencias de una esposa. Díjole esto último, velando los ojos con sus largas y rizadas pestañas, y en el tono con que van las palabras más derechamente al corazón, es decir, tan quedo, que apenas se la entendía.

—Pero no te he llamado para esto—dijo dando un salto su pensamiento, que hubiera envidiado la cabra montés más ágil—sino para mostrarte mi gratitud, mi... Estarás cansado de mis impertinencias, ¿verdad? ¡Y yo que no pensaba más que en distraerte! ¡Ea! ¡Fuera penas! Habla, pide lo que quieras, eso tendrás: descanso, alegría, juegos. ¿No conoces los bailes de nuestro país? ¿No? Pues ya te irás convenciendo que hay en el mundo más, mucho más que en todas las filosofías... sin exceptuar la tuya.

José María Esbrí.

(Se concluirá.)

Gacetas teatrales.

SIGUE la lenta pero continua silba de las obrillas representadas en los teatros al por menor. En Eslava hubo el otro día la de Dios es Cristo con motivo de unas *alkajas*. Allí se desahogaron de lo lindo los que gozan estirando las piernas en los teatros. Porque eso sí; las obras son malas en esos coliseos al minuto; los cómicos son peores, mucho peores que las obras, pero el público ¡ah! el público suele ser de oro. Hay quien entra pateando, hay quien piensa en reventar al nuevo engendro apenas le anuncian en los carteles. Y todo esto procede de que los habituales concurrentes á esos espectáculos se han estragado ya, se han aburrido, y ni saben lo que quieren ni lo que les agrada. Los pervirtió, artísticamente hablando, ese género sin piés ni cabeza, y ahora, cuando empiezan á conocer su error, la pegan contra los últimos que llegan, que no son peores, seguramente, que los primeros. Están hartos ya de revistas y de piecicillas con coros; están hartos de esos artistas que para ser *clowns* saltan poco y para ser cómicos saltan demasiado. Y es natural, el aburrimiento les lleva á la silba, y silban como condenados. Después, dentro

de poco, vendrán los patatazos, y siempre será un recurso para los empresarios si se acaba el negocio teatral. Pues empieza el de las hortalizas.

* * *

A los que se ríen de los dramas y dicen que eso está pasando de moda, basta con llevarles al teatro de la Comedia, donde en cada función hay un lleno completo. ¡Qué manera de ir gente y qué modo de ganar dinero! Luego no se trata de que los dramas no gusten, sino de que se escriben pocos dramas buenos. Pero cuando se escriben, gustan y proporcionan rendimientos. Pero los genios andan tan escasos como las monedas de cinco duros, aunque crean otra cosa esos jóvenes pálidos que duran mucho, siempre con sus obras originales y en verso debajo de sus brazos, llevándolas de una parte para otra, sin conseguir jamás que las representen.

* * *

¡Que Miguel Echegaray es un buen autor cómico! Verdad. ¡Que es de los pocos que tienen gracia é ingenio! Es muy

cierto. Entonces, su última obra *Los hijos de Elena*, ¿habrá gustado y merecido aplausos en el teatro de Lara, donde la han estrenado? Eso ya es harina de otro costal. *Los hijos de Elena* es un disparate insulso, así dicho con franqueza. Ni el asunto, ni el desarrollo, ni siquiera el título, merecen aprobación. D. Miguel Echegaray se equivocó de medio á medio, y si no llega á ser él, la noche del estreno hubiera habido en Lara un *menco* de los gordos. Pero el pabellón acreditado suele encubrir la mercancía.

Y además hay autores con suerte, y por ende, como dicen los cursis, los versos con su sonsonete alucinan todavía á los incautos. Pero nada, hablando en plata, *Los hijos de Elena* no tiene defensa de ningún género; y ni Rossell, con sus tan reputadas morcillas, salvará ese fruto mezquino de un ingenio otras veces afortunado, ni los bombos tímidos de la prensa política han podido ocultar la derrota.

Y ahora una frase, que también las retuerza. Echegaray *cadet* con *Los hijos de Elena*, ha hecho una *cadet*... ada.

Juan Palomo.

25

50

75

Y 100

pesetas

de regalo en todos los números de

LA CARICATURA

al lector que PRIMERO envíe la solución exacta del entretenimiento que se señale.

Un año de suscripción

para los **cinco** lectores que, por riguroso turno, envíen la solución después del primero.

En el **núm. 17** han correspondido los premios a los señores siguientes:

Premio de 50 pesetas.

D. SENÉN FERNÁNDEZ REINARES
Princesa, 14, principal, Madrid.

5 segundos premios

DE UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. SANTIAGO ARNÁIZ
San Bernardo, 69, Madrid.

D. LUIS BELLO
Paz, 6, principal, id.

D. CASIMIRO PEDRO ZORRILLA
Infantas, 26, 3.º, id.

D. F. PÉREZ Y CAPO
Peninsular, 11, 3.º, id.

D. A. SOLSONA
Conde Duque, 17, principal, Madrid.

En el **núm. 18**, a estos otros señores:

Premio de 50 pesetas.

D. JOSÉ MORENO RODRÍGUEZ
Duque de Alba, 16, 3.º, Madrid.

Un año de suscripción a LA CARICATURA.

D. F. PÉREZ Y CAPO,
Peninsular, 11, 3.º, Madrid.

Desiertos cuatro premios.

En el **núm. 19**:

Premio de 50 pesetas.

D. ESTEBAN MARÍN
Trafalgar, 5, cuarto, derecha. Madrid.

CINCO SEGUNDOS PREMIOS DE CONSOLACIÓN

UN AÑO DE SUSCRIPCIÓN A LA CARICATURA

D. MANUEL BELLO
Estudios, 5 y 7, tercero, izq.ª Madrid.

D. FRANCISCO ACED
Carretas, 41, Madrid.

D. FÉLIX MUGURUZA
Bilbao.
(Dos premios desiertos).

COSAS QUE SE PUBLICAN

Don Santiago Iglesias ha publicado, con el título de *María la Tejedora*, una nueva obra poética, a la que acompaña un prólogo de D. Gaspar Núñez de Arce.

El libro, editado por los Sres Sáenz de Jubera, hermanos, y estampado en los talleres de Enrique Rubiños, se vende al precio de dos pesetas.

SECCION AMENA Y PRODUCTIVA

Pues, señor, ni que se tratara de resolver el problema de la dirección de los globos, de la navegación submarina ó de la crisis económica. Soluciones, cientos de soluciones hemos recibido, y ninguna se acerca a la verdadera.

Seguimos creyendo que es el jeroglífico más fácil de cuantos hemos publicado.

En casi todas las soluciones recibidas se leen estas dos palabras: «velaron, cadáver;» pues bien, no hay tal; tómelo ustedes por otro lado. Ni velaron, ni cadáver, ni santos, ni en fin, nada de lo que hasta ahora han dicho.

Y esos señores del margen que tanta facilidad mostraron en los jeroglíficos anteriores, ¿en qué piensan?

Van a tener que confesar ahora que si acertaron aquellos fué porque eran muy fáciles.

Este es facilísimo.

En fin, a la vista está.

No podemos consentir que un jeroglífico tan sencillo quede sin solución, por lo que hoy lo repetimos, aumentando el estímulo con más pesetillas.

Y quiera el dios de los enigmas que sean ustedes más afortunados.

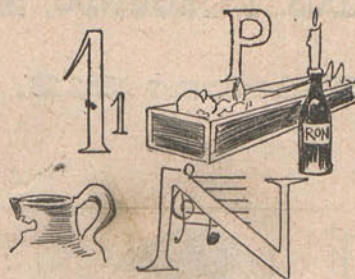
JEROGLÍFICO CON PREMIOS

Primer premio ¡75 pesetas!

Cinco segundos premios de consola-
ción de

Un año de suscripción a

LA CARICATURA



Las soluciones han de estar en nues-
tro poder los martes.

No se admiten pseudónimos.

IMPORTANTE

Para mayor comodidad del público hemos establecido dos centros de suscripción en los establecimientos de objetos de escritorio de D. Policarpo Sanz Calleja,
Montera, 31, y Príncipe, 25.

Horas de oficina en la Administración, de 9 a 12 de la mañana y de 3 a 6 de la tarde.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Todos los grabados de este número han sido hechos en los talleres de fotograbado de L. R. y C.ª, San Bernardo, 69, Madrid.

SUMARIO

del núm. 19 de LA CARICATURA

Amor, eterno amor.—A. Pons.
La Semana.—Eduardo de Palacio.
Ocupación: sus labores: Historieta.—Pons.
Las confidencias del Marqués.—Luis Royo Villanova.
Altagoma.—A. Pons.
Una conspiración.—G.
Cómo se forman los héroes.—P. Rovira.
Facotilla.—José Estrañi.
El vals.—Stuk.
25, 50, 75 y 100 pesetas.
Besuqueo.—
Cuentos franceses.—
Tiquis Miquis.—A. Sánchez Pérez.
Corriente continua.—G.
Para el alma.—J. Francos Rodríguez.
Un pelotazo.—Griffin.
La caza del oso: Historieta.—Rojas.
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

SUMARIO

del núm. 20 de LA CARICATURA

Histórico.—A. Pons.
La Semana.—Eduardo de Palacio.
¿De dónde son ustedes?—A. Pons.
Pérez, fotógrafo.—Rojas.
Palique.—Clarín.
Un buen despertador: Historieta.—Rojas.
En el interin.—Manuel Paso.
¿A que no se consuela...—A. Pons.
Petit Krupp: Historieta.—Griffin.
Cantar: Campoamor.—Rojas.
Cuentos franceses: El burlador burlado.
Lo de Panamá.—Lesseps.—Rochefort.—
Drumont.—Labruyere.—Brisson.—
Gramática, sobre todo gramática.—Rojas.
El poder de la hermosura.—José M. Esbri.
Guardas y matuteros.—M.
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Este es el pan.—Luque.
25, 50, 75 y 100 pesetas.
Cosas que se publican.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

SUMARIO

del núm. 21 de LA CARICATURA

Cumplidos.—A. Pons.
Facotilla.—José Estrañi.
Un insulto.—Griffin.
La Exposición histórica.—Luis Taboada.
Datos para la historia.—A. Pons.
Seguros matrimoniales.—Ramiro Blanco.
Las últimas lecciones.—A. Pons.
Croquis evolucionistas.—
El poder de la hermosura.—José María Esbri.
A vistas.—A. Pons.
Las personas serviciales.—Taylor.
Alta Sociedad.—R.
Balística.—
La muerte de César.—G. Hequet.
La luna de miel.—
Meditemos.—A. Sánchez Pérez.
Grover Cleveland.—
Una picardía.—
Gacetas teatrales.—Juan Palomo.
Miscelánea.—Rojas.—Luque.—H.
25, 50, 75 y 100 pesetas.
Sección amena y productiva.
Jeroglífico con premio.
Anuncios.

IMPRENTA DE ENRIQUE F. DE ROJAS

PLAZA DE LOS MOSTENSES, 12

MADRID

Los anuncios para LA CARICATURA se reciben en la empresa anunciadora Los Tirolenses, Barrionuevo, números 7 y 9, entresuelo.—Teléfono 331.

LA CARICATURA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA
SE PUBLICA LOS DOMINGOS

16 PÁGINAS. 15 CÉNTIMOS

ADMINISTRACIÓN, LOPE DE VEGA, 34, 36 Y 38, PRINCIPAL
PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias: Semestre, 4 pesetas; año, 7 pesetas.

Ultramar y extranjero: Año, 10 francos.

En provincias no se admiten suscripciones por menos de un semestre, y en Ultramar y extranjero por menos de un año.

El pago es adelantado.

VENTA.—Número suelto, **15 céntimos.**—Id. atrasado, **30 céntimos.** Corresponsales y vendedores, **10 céntimos** número.

Toda la correspondencia á nombre del Administrador, D. RA MÓN MILLET.



El cólera para muertes,
para cortinas, Damasco,
y para sombreros fuertes
los sombreros de Carrasco.

26, Carretas, 26



VINOS DEL MARQUÉS DE MUDELA

Unico depósito de la casa fundada por el primer marqués de Mudele, Serrano, 8.—Teléfono 4.011.
Tinto de pasto, 9 pesetas arroba.
Blancos ajerezados, 10,50 id. id.
Se sirven á domicilio en barriles y embotellados.

BANCO CERROLAZA Y COMPAÑÍA

CAPITAL SOCIAL: 5.000.000 DE PESETAS

IMPOSICIONES

OPERACIONES

INTERESANTÍSIMO

Este Banco admite cantidades en depósito y en cuenta corriente desde 500 pesetas en adelante, y abona por las mismas los intereses que van á continuación:

En cuenta corriente, á la vista, el 3 por 100 anual.
En depósito, á plazo de 1/2 año, el 6 por 100 anual.
En id. id. de 1 año, el 8 por 100 anual.
En id. id. de 2 años, el 10 por 100 anual.

Se admiten también cantidades á renta vitalicia, á interés convencional.

sobre títulos cotizables, cupones, resguardos de la Caja general de Depósitos, del Monte de Piedad y otras garantías.

PARA MAS DETALLES

PÍDANSE PROSPECTOS AL DIRECTOR DE ESTE BANCO

PRECIADOS, 1, SEGUNDO, MADRID

Teléfono 812.



Si cuando yo tenía dinero hubiera existido el Banco Cerrolaza, no me vería así.



¿Que por qué me va tan bien? Porque tengo mis cuartitos en casa de Cerrolaza, y allí están seguros.

ANGEL PONS

Historietas.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

Notas alegres.

300 DIBUJOS

3,50 PESETAS

MANUEL FERNÁNDEZ LASANTA, EDITOR.—RAMALES, 6.—MADRID



¿Pero qué busca este que salta? Pues los bombones que hace La España. Santa Engracia, 94.

SOLITARIA

Se expulsa en pocas horas con el *Tenífugo Sanz*. De venta á 10 pesetas, Carmen. 41, farmacia; M. García, Capellanes, 1; Hijos Ulzurrún, Fernández Izquierdo y principales farmacias y droguerías.

PAPEL DE ARMENIA

Perfume higiénico y agradable, precio económico, superior á todas las cintas y sahumerios conocidos; un libro y quemador 50 céntimos, tres libros y un quemador 5 reales.

THOMAS, MAYOR, 36